



Diálogo de dos herejes

Se encontraron a fines de octubre de 1936, en Salamanca. Ahí llegó de visita Nikos Kazantzakis, uno de los novelistas más notables del siglo XX. Recorría la trágica España de la Guerra Civil. En Palma de Mallorca, presencié el zarpe de dos barcos con jóvenes soldados franquistas que iban a combatir a tierra firme. Desde el muelle los despidió una multitud. Kazantzakis recuerda que "se alzaron brazos con el saludo fascista. Ondearon pañuelos. Se oyeron vivas". Uno de ellos le chocó por su barba:

«¡Viva la muerte!

Ese mismo viva le venía costando la vida a quien, ocho días más tarde, iba a ser su anfitrión: Miguel de Unamuno. A don Miguel lo habían nombrado tres veces rector perpetuo de la universidad y tres veces lo echaron del cargo. El 12 de ese mes, mientras aún lo ejercía, debió presidir una ceremonia en el salón de honor. El general Millán Astray, en representación de Franco, lanzó un discurso exaltado, de tono fascista. Al terminar, los vitores llenaron el aire. En un arrebato de entusiasmo, alguien vocó el lema de la Legión, que Millán Astray comandaba:

«¡Viva la muerte!

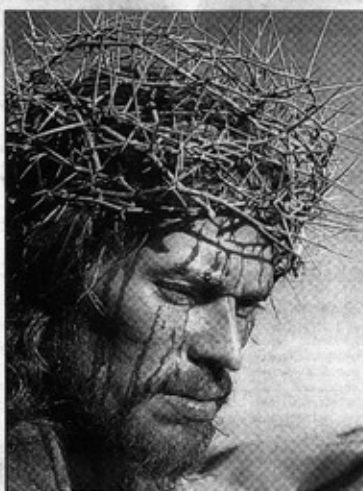
No estaba en el programa que hablara Unamuno. Sin embargo, indómito aún a los 72 años, se irguió con toda su

antigua rebeldía. "Callar, a veces, significa mentir", dijo. "Acabo de oír el grito necrófilo de ¡Viva la muerte! Esto me suena lo mismo que ¡Muera la vida!". El general sentado junto a él, agregó, "no es un espíritu selecto, aunque sea impopular". Luego de recordar que era lisiado de guerra: "El general Millán Astray quisiera crear una España nueva, según su propia imagen. Y por eso desearía ver a España mutilada, como inconscientemente sugirió recién".

Fue el comienzo del fin, para don Miguel. Lo rodeó un tumulto literalmente feroz. Los franquistas -los de siempre y los nuevos, sobre todo los nuevos- exhibían su lealtad a la causa injuriando al anciano rector. Fue preciso sacarlo al amparo de Carmen Polo de Franco, la mujer del Caudillo, que también asistía al festejo. Desde entonces, él vivía encerrado en su sombría casa de la Calle de Bordadores 4.

Allí le llegó, el 20 de octubre, un mensaje del novelista griego: "Le suplico, querido maestro, que me conceda unos instantes". Unamuno casi siempre recibía a sus visitas. A ésta con mayor razón. Hasta hacía poco era catedrático de griego. Se corteaba con intelectuales de esa otra península brava. Estaba al día no sólo en los clásicos sino también en los escritores helénicos modernos.

Además, había un mundo



"La última tentación de Cristo"

Kazantzakis y Unamuno tienen tanto de afín. Buscan la verdad escarbando entre dudas. Se sienten una sola cosa con su patria y con la fe que los rehúye pero no los deja en paz.

en común entre ambos.

Don Miguel gozaba fama de hereje. Gozaba es la palabra justa. Muchos tacharon de opuesto a la fe su libro "La agonía del Cristianismo". No era eso. Según él, agonía era lucha. Agonizar es pelear por la vida. Agonistas eran los luchadores en la antigua Grecia. Protagonistas, los luchadores de primer plano. Antagonistas, los que se enfrentaban. Unamuno quiso explorar la lucha que la fe libra para seguir siendo, a pesar de tantos que no veían la fuerza vital de esta agonía, y que lo condenaron, por cierto. El cristianismo de ellos era frágil; podía romperse al tocar las dudas.

En su país, los ortodoxos de cristal rechazaban a Kazantzakis, que a los cincuenta y tantos años también se descariaba buscando la fe. Su novela "Cristo de nuevo crucificado" narra una singular crucifixión, no entre judíos del siglo primero sino entre griegos contemporáneos, bajo el dominio turco, no el romano. En "La última tentación", hoy célebre en Chile, los apóstoles son rudos pescadores, campesinos, aldeanos: tal cual dicen los evangelistas. El escritor los pinta así, e imagina a Jesús ante una tentación similar a la que vivió en el desierto. Miles se escandalizaron.

Ahora, en Salamanca, los herejes dialogan. Sin preámbulos, el vasco saluda al grie-

go con un grito: "¡Estoy desesperado!". El supuesto enemigo de la fe, atribuye el horror de esta guerra a que "los españoles no creen en nada". Kazantzakis lo oye. Anotará sus palabras y lo retratará para la historia. "Había envejecido. Se veía marchito. Encorvado. Pero sus ojos refulgían, aún eternamente despiertos". Lo último que le escucha son unas frases entrecortadas:

"...un día no lejano me alzaré de nuevo para lanzarme, solo, a luchar por la libertad... No soy fascista ni bolchevique; ¡estoy solo!

El griego y el vasco tienen tanto de afín. Buscan la verdad escarbando entre dudas. Se sienten una sola cosa con su patria y con la fe que los rehúye pero no los deja en paz. Unamuno recibirá una maldición -más bien maledicencia- póstuma: en 1953 un obispo franquista, desde su sede en las Islas Canarias, lo llamará "hereje y maestro de herejes". Kazantzakis será considerado peligroso infiel por un tribunal que prohibirá a los chilenos ver la película basada en su "Última tentación".

Otra coincidencia que une al par de ilustres herejes: provocan censuras póstumas, y esas censuras surgen en islas. No deja de ser un símbolo.

GUILLERMO BLANCO
Escritor

Diálogo de dos herejes [artículo] Guillermo Blanco.

Libros y documentos

AUTORÍA

Blanco, Guillermo, 1926-2010

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Diálogo de dos herejes [artículo] Guillermo Blanco.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile